

004. Católicos

Cuando hablamos de la Iglesia nos referimos, sin más, a la Iglesia Católica. Las otras iglesias, como no forman una sola, sino muchas iglesias, tienen que especificar y determinar: la Episcopaliana, la Luterana, la Adventista, la Metodista, la Bautista... Es una cosa muy importante para nuestra ilustración cristiana el que tengamos claras las ideas sobre la Iglesia y las iglesias.

¿Cuántos somos los que nos llamamos *Católicos*?... ¿Y sabemos lo que significa esto de *católico*? ¿Es lo mismo decir *católico* que *cristiano*, sin más?...

Digamos, ante todo, que las **sectas** fundamentalistas se llaman cristianas, y la mayoría no lo son, aunque hayan usurpado el nombre de Cristo.

Están después las iglesias **protestantes**, de hermanos separados, que son cristianos, aunque un día se desgajaron de la única Iglesia de Cristo y no aceptan toda la doctrina revelada.

Están los **ortodoxos** orientales, que son cristianos verdaderos, por más que viven sin la obediencia al Papa, Vicario de Cristo.

Y estamos los **católicos**, que somos cristianos en todo el sagrado sentido de la palabra.

CATOLICO es una palabra que viene a significar *total, completo, universal*.

Y, aplicado a la Iglesia, significa que es la Iglesia fundada por Jesucristo y que acepta **toda** la doctrina revelada, igual en **todo** el mundo, y unida **enteramente** bajo la guía de los Pastores en comunión con el Papa, Vicario de Jesucristo.

Constituye la Iglesia Católica una UNIDAD irrompible en lo que cree y practica, en todas partes igual, y esto desde el principio de la misma Iglesia. Un escritor (Vicente de Lerins) antiguo lo dijo con frase inmortal:

- *Lo que ha sido creído siempre, en todas partes y por todos, esto es CATOLICO*

Una anécdota curiosa nos va a ilustrar esta doctrina tan fundamental.

Se trata de un notable empresario japonés, admirador de la persona de Jesucristo, y que quiso hacerse cristiano. Se conoció su deseo allá en Kyoto, y se le echaron encima como halcones los jefes de varias iglesias. El pobre hombre, confuso, no sabía con quién irse, pues todos se llamaban *cristianos* y todos reclamaban para sí el pertenecer a la verdadera iglesia de Cristo. Los invitó un día a comer en su casa, y fue preguntando a todos con astucia oriental.

- Reverendo, su iglesia anglicana, ¿cuándo nació?

- *Tiene su origen en 1534, cuando Enrique VIII, Rey de Inglaterra, apoyado con un decreto del parlamento, se separó oficialmente de Roma.*

- ¿Y la suya, venerable Pope?

- *La Iglesia Ortodoxa, como tal, vive independiente desde 1054, cuando el Patriarca de Constantinopla rompió definitivamente con el Papa de Roma (Miguel Cerulario, Patriarca)*

- ¿Y la suya, Señor Pastor Adventista?

- *La inició Miller el 1818, separándose de la Bautista, y se constituyó, tal como es hoy, a partir de 1846, con la Señorita Harmon, la después famosa Elena White.*

- ¿Y la suya, Padre?

- Los católicos no le podemos señalar otra fecha que el año 30, cuando Jesucristo resucitado le confirió a Pedro el primado que antes le había prometido. Desde entonces,

enlazamos con Pedro y con Cristo, en una cadena ininterrumpida de Papas, como Obispos en la sede de Roma.

Como respuesta definitiva, el japonés se hizo católico, naturalmente...

Esta es la parábola. Entonces, nos preguntamos ahora, ¿cuál es hoy la situación de los católicos con las demás Iglesias cristianas? Ha llegado el momento de trabajar por la UNION de todas estas iglesias hermanas. La separación no ayuda a nadie y es un obstáculo muy serio para el anuncio del Evangelio. Hemos de cumplir el gran deseo de Jesucristo: *¡Que todos sean uno!* (Juan 17,11 y 21)

¿Llegaremos a esa UNIDAD, querida y dispuesta por Jesucristo? Sí. El camino es difícil, pero el Espíritu Santo ha soplado en esta dirección y Él se saldrá con la suya. A esto tiende el *Ecumenismo* de hoy en la Iglesia.

Este movimiento del Ecumenismo comenzó prácticamente en nuestros días con el querido Papa Beato Juan XXIII, que, con aquella bondad tan inmensa, nos hizo mirarnos a los cristianos de las diversas iglesias no como rivales, sino como *hermanos separados*. Y para ello, nos invitaba mirar no lo que nos separaba, sino los que nos une.

Y lo que nos une, ante todo, es el mismo y único Bautismo de Jesucristo. Con un principio tan sencillo: llamémonos *hermanos* —que estamos separados, pero nos tenemos que unir conforme a la voluntad expresa de Jesucristo—, y miremos eso que *nos une*, y no lo que nos divide. En los últimos decenios hemos dado un giro de ciento ochenta grados en el trato mutuos las Iglesias Cristianas.

Nosotros, católicos, ansiamos ese día dichoso, en que todos nos sintamos unidos dentro de la única Iglesia de Cristo. ¿Para qué?

Para que todos experimentemos lo de aquel gran convertido inglés, que el día de su ingreso en la Iglesia Católica, con una emoción indescriptible, sólo atinaba a decir esta palabra, salida de lo más hondo del alma: *¡Paz, paz, paz!...* (Padre William Faber)
¿Para qué más? Para que todos tengamos la dicha expresada por nuestra gran Teresa de Avila, que acabó su vida diciendo: *¡Al fin, muero hija de la Iglesia!...*